

# Cuando Túpac Amaru venció a los españoles

(Una historia de reivindicación, desarrollismo y lucha libre)

RAÚL ASENSIO



Existe un sentido común que relaciona el culto a Túpac Amaru con el periodo del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. En trabajos anteriores he tratado de demostrar que esta es una percepción errónea.<sup>1</sup> Más que crear, Velasco y sus seguidores se habrían apropiado de un proceso que ya entonces estaba en marcha, dándole un mayor realce gracias a los enormes recursos simbólicos y materiales de que disfrutaban en su condición de amos del país.

La reivindicación del caudillo de la Gran Rebelión andina se inició antes, hacía el final de la II Guerra Mundial, en un contexto de cambios culturales y políticos producto de la Guerra Fría y de la modernización de las zonas rurales peruanas. Inicialmente fue un culto regional, promovido por profesores, sacerdotes e intelectuales cusqueños, que a través de la exaltación de Túpac Amaru buscaban reivindicar el aporte de las poblaciones andinas a la construcción nacional peruana. Para ellos Túpac Amaru era un emblema del orgullo de los habitantes del interior del Perú, un testimonio de su capacidad de resistencia frente a los embates externos y de sus deseos de ser nuevamente escuchados. Sus esfuerzos confluyeron con una valorización del personaje por parte de algunos sectores de la izquierda latinoamericana, que

buscaban un referente regional sobre el cual proyectar sus anhelos de transformación social. Ambas corrientes se retroalimentaron y reforzaron entre sí mucho antes de la llegada al poder de Velasco.

Este artículo se centra en un episodio mínimo y periférico de la historia del tupacamarismo temprano. Aunque en perspectiva es un ejemplo trivial y carece de la trascendencia política y cultural de otras manifestaciones del culto a Túpac Amaru, es significativo en tanto evidencia las múltiples y a veces extravagantes vías por las que la reivindicación del héroe andino transitó en sus inicios. Su interés no radica en ser representativo de nada, sino en mostrar hasta qué extremo podía llegar esta reivindicación, cómo se proyectaba en los ámbitos más inesperados y cómo se imbricaba en la vida y las decisiones profesionales de sus protagonistas.

\*\*\*

Las crónicas no han dejado constancia de su nombre real, pero sabemos que Túpac Amaru llegó por primera vez a España a finales del caluroso verano europeo de 1956. Era un practicante de lo que entonces se llamaba lucha libre americana y para el momento de su arribo ya contaba con

<sup>1</sup> Raúl H. Asensio, *El apóstol de los Andes: el culto a Túpac Amaru en Cusco durante la revolución velasquista*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2017.

una destacada carrera profesional a sus espaldas. Aunque no siempre con el mismo nombre, había peleado por más de ocho años en Buenos Aires, donde se había granjeado fama, y contaba también con apariciones en los *rings* de México y Estados Unidos. Quienes lo habían visto pelear destacaban su estilo heterodoxo, que lo alejaba del gusto de los aficionados más tradicionales. Túpac Amaru, decían, no era un luchador fuerte ni especialmente hábil, pero poseía un profundo conocimiento de la anatomía humana, que le permitía infligir a sus rivales dolorosísimas presas. Sus «dedos magnéticos» presionaban sobre los puntos del rostro donde el sistema nervioso era más vulnerable y hacían aullar a sus rivales, que se veían obligados a abandonar el combate, incapaces de soportar el castigo.

La llegada de Túpac Amaru a España fue posible gracias al empresario catalán Pedro Balañá, quien tenía a su cargo la plaza de toros de Barcelona y varias salas de fiestas en esa ciudad. La lucha libre era por entonces una práctica sumamente popular. Durante todo el año se celebraban veladas semanales que reunían cinco o seis combates, cubiertos en detalle por la prensa local. En verano estos eventos se realizaban en recintos al aire libre, como la propia plaza de toros, mientras que en invierno se trasladaban a locales cerrados, como el Gran Price o la Sala Iris, que gozaban de gran fama entre los aficionados barceloneses. En fechas señaladas, como Navidad y San Esteban, o durante las fiestas de San Juan, Santa Eulalia y la Merced, podían coincidir hasta tres o cuatro sesiones de lucha en un solo día. Los luchadores firmaban contratos por un solo combate o por una serie de varios combates sucesivos y, por lo general, solían estar dentro de la órbita de un único empresario.

Pero toda esta experiencia acumulada no había preparado al público español para la conmoción que supuso la aparición de Túpac Amaru. Su presentación tuvo lugar el 26 de agosto. Toda la ciudad había amanecido el día anterior con propaganda que anunciaba el combate. El rival designado para darle la bienvenida fue el campeón

de Europa del peso semimedio, Francisco Rillós, un luchador conocido por «su extraordinaria técnica y serenidad sobre el *ring*».<sup>2</sup> En una entrevista con la prensa local declaró que conocía la fama de Túpac Amaru desde tiempo atrás y que ardía en deseos de enfrentarse a él. Sin embargo, la pelea duró poco. Túpac Amaru consiguió reducir a Rillós mediante una de sus conocidas presas y el campeón español abandonó la pelea antes del tercer asalto.

La fulgurante victoria de Túpac Amaru motivó un aluvión de propuestas para organizar nuevos combates. Todo el mundo quería ver al prodigioso luchador de los dedos magnéticos. Por iniciativa de Balañá, Jim Oliver fue seleccionado como siguiente rival. Como su predecesor, era uno de los luchadores españoles más reconocidos. Había nacido en Mallorca, disfrutaba de un gran físico y poseía temperamento, coraje y valor. La pelea se celebró una vez más en la Monumental. Pese a una inesperada lluvia, desde horas antes una enorme multitud abarrotó las gradas. En los días

**Imagen 1.** Túpac Amaru, el feroz indio quechua de los dedos magnéticos



Fuente : Mundo Deportivo

2 Mundo Deportivo (Barcelona), 24 de agosto de 1956, «Rillós, campeón de Europa designado para dar la réplica al indio Túpac Amaru el próximo domingo en la Monumental»

anteriores ambos luchadores se habían mostrado seguros de sus posibilidades, pero sobre el cuadrilátero Túpac Amaru confirmó su superioridad. La pelea fue «espectacular, definitiva, impresionante». En menos de diez minutos, Oliver se vio obligado a rendirse con el rostro amoratado y en medio de grandes muestras de dolor.

Con solo dos peleas en territorio español, Túpac Amaru había demostrado que no era un luchador a quien se pudiera tomar en broma.

\*\*\*

Las victorias sobre Rillós y Oliver desataron una auténtica obsesión por Túpac Amaru. Su manera de desenvolverse en el ring no se parecía a nada que los aficionados españoles hubieran visto antes. La lucha libre había llegado al país antes de la Guerra Civil y, aunque gozaba de gran popularidad, se encontraba en un momento de transición. La mayoría de los luchadores eran aún bastante ortodoxos. Disponían de una federación oficial y se disputaban campeonatos mundiales, europeos, nacionales y regionales. Como cualquier otro deportista, se daban a conocer con su verdadero nombre, respetaban rigurosas reglas y vestían con indumentarias estrictamente funcionales. Pero ese estilo tradicional de práctica deportiva estaba comenzando a cambiar.

Eran varios los factores que confluían en esta transición. En primer lugar estaban los cambios que afectaban a todo el país. Tras la II Guerra Mundial, España había sido sometida a un fuerte bloqueo económico y político. Como castigo por su alianza con Alemania, el franquismo había sido excluido de la nueva arquitectura internacional de la posguerra y gran parte del cuerpo diplomático se había retirado. Sin embargo, el advenimiento de la Guerra Fría y el cambio de prioridades de la política internacional de los Estados Unidos habían dado un progresivo giro a la situación. Desde inicios de la década de los cincuenta, el bloqueo se había relajado y España había comenzado a ser admitida en las instituciones multilaterales. En 1953 había ingresado en la Unesco y apenas unos meses antes de la llegada de Túpac Amaru había ocupado su sitio en la Organización de las Naciones Unidas.

La incorporación de España al bloque de países occidentales opuestos al comunismo estaba acompañada de cambios en el reparto del poder entre las diferentes familias franquistas. Las veleidades fascistas de los primeros años dejaron paso a una apuesta más moderada, que combinaba el autoritarismo conservador con medidas económicas favorables a la industrialización y la modernización del país. La llamada etapa del desarrollismo acababa de comenzar. Miles de personas se trasladaban cada año a Madrid y Barcelona, los dos grandes polos económicos, en un movimiento demográfico de dimensiones sin precedente en la historia española. En la periferia de estas ciudades surgían urbanizaciones populares y barrios improvisados, que transformaban la dinámica urbana.

En el caso de Barcelona, a estos cambios demográficos se sumaban un conjunto de tensiones resultado del choque cultural entre los habitantes de la urbe y los inmigrantes provenientes de otras regiones españolas. Si bien las pretensiones autonomistas habían quedado sangrientamente sofocadas durante la Guerra Civil, la burguesía catalana había logrado recomponer sus relaciones con el poder central y mantenía el control de la economía barcelonesa. Hablar correctamente el catalán seguía siendo un marcador social de primer nivel, que diferenciaba a los recién llegados y limitaba su integración. El catalanismo integrador que se desarrollaría en las siguientes décadas apenas daba sus primeros pasos. Existían deportes mayoritariamente practicados por catalanes (como el hockey sobre patines y el waterpolo) y deportes mayoritariamente practicados por inmigrantes (como el balonmano). Solo el fútbol y el boxeo parecían superar las fronteras culturales.

La lucha libre no estaba al margen de esos nuevos tiempos. Aunque la mayor parte de los empresarios que promovían los combates eran catalanes, al igual que los periodistas que los cubrían, entre el público los inmigrantes eran mayoría. Abundaban los combatientes provenientes de otras partes del estado, vascos, navarros, aragoneses, mallorquines, valencianos, andaluces e incluso madrileños, que buscaban hacer fortuna con sus puños. Los combates estaban muchas veces rodeados de una fuerte retórica regionalista. El público tendía a apoyar a los luchadores de

su tierra, a quienes veían como compañeros de viaje en la aventura de la inmigración. Las autoridades desconfiaban de estas manifestaciones de regionalismo, que consideraban que podían despertar las viejas reivindicaciones autonomistas, y promovían en cambio una identificación nacional, mediante encuentros que enfrentaban a luchadores españoles con representantes de otros países, ya fuera de manera individual o por equipos.

Además de Barcelona, existían circuitos de lucha libre en Madrid y otras ciudades. Los luchadores eran auténticos nómadas, que podían pelear una o dos veces por semana en diferentes localidades, de acuerdo con las obligaciones de sus contratos. Aun así, Barcelona presumía de ser la plaza más importante, a la altura de las principales arenas europeas. Según decían los periodistas, se trataba de un público culto y entendido, que sabía apreciar a los buenos luchadores y que no dudaba en expresar su descontento cuando en los combates primaban las marrullerías y las malas prácticas. Los premios eran más importantes que en las demás ciudades españolas y con frecuencia acudían a Barcelona luchadores extranjeros, que habían probado su valía en Estados Unidos o en América Latina. Especialmente estos últimos traían un nuevo estilo de práctica de la lucha libre, que apuntaba a alejarla del deporte y acercarla al espectáculo. A diferencia de lo que ocurría en Europa, los luchadores americanos solían adoptar apelativos llamativos y protagonizaban sobre el cuadrilátero auténticas representaciones, con las que buscaban ganarse el aprecio del público y singularizarse frente a sus competidores.

Túpac Amaru fue el primer gran representante en España de esta corriente. Si bien existían algunos precedentes, ninguno de ellos había logrado capturar la imaginación de los aficionados de la manera en que Túpac Amaru lo hizo durante los meses que siguieron a sus victorias sobre Rillós y Oliver. Hasta el siguiente mes de enero el misterioso luchador combatió casi todas las semanas y llegó a sumar una apabullante marca de 24 victorias contra solo dos derrotas. En el momento álgido de esta racha, entre los meses de octubre y diciembre, Túpac Amaru parecía realmente in-

vencible. Uno tras otro fueron cayendo ante los embates de sus dedos magnéticos los principales campeones españoles: el rudo aragonés Victorio Ochoa, el valenciano Blasco, el corajudo navarro Pedro Bengoechea. También sucumbieron los franceses Pierre Boye y Ray Desoudin. Casi todas las victorias de Túpac Amaru se producían por abandono de sus rivales, incapaces de soportar el dolor, o bien por descalificación, cuando hartos del estilo estrafalario del luchador andino cometían infracciones reglamentarias.

Los periodistas españoles asistían desesperados a esta acumulación de derrotas. La heterodoxia de Túpac Amaru les desagradaba aprofundamente. Aunque reconocían la fortaleza de su carácter y el profundo conocimiento anatómico que destilaban sus técnicas, rechazaban su actitud sobre el cuadrilátero. Consciente de su desventaja física, Túpac Amaru solía bailar alrededor de sus rivales hasta que estos, por cansancio o desesperación, cometían el error de bajar de guardia. Entonces se lanzaba sobre ellos, atenazaba sus rostros y les infligía el terrible castigo que los llevaba a abandonar.

\*\*\*

Aunque no conocemos su nombre, hay varias cosas que sí sabemos sobre nuestro Túpac Amaru. Según él mismo contaba, había nacido en 1924 en el norte de Argentina, cerca de la frontera con Bolivia.<sup>3</sup> Procedía de una familia rural moderadamente acomodada, muy vinculada al Perú. Tras estudiar varios años la carrera de medicina, había sido expulsado de la Universidad de Buenos Aires por su radicalismo político. De manera explícita se reivindicaba como un «indio quechua», descendiente de los incas prehispánicos. Con ellos había aprendido las antiguas artes de lucha que lo habían convertido en un rival invencible. Otras veces atribuía estas capacidades a su formación con maestros del judo internacional o a sus conocimientos médicos. Esta ambigüedad dotaba al personaje de un aura de misterio y leyenda, que aportaba color a las crónicas. «El sistema de Túpac Amaru —cavilaba un periodista— es un auténtico secreto para nuestros luchadores, que se

3 La Voz de Galicia (La Coruña), 18 de junio de 1960, «Cinco minutos de charla con Túpac Amaru».

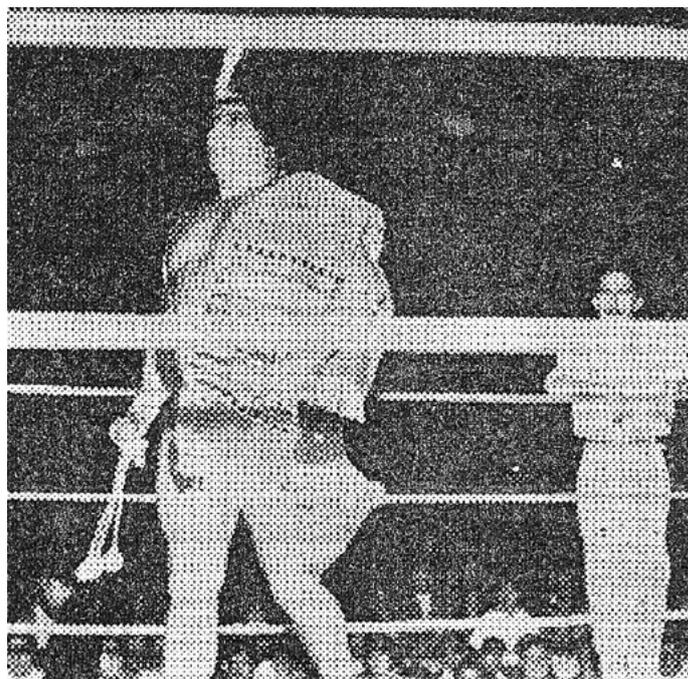
han esforzado hasta ahora en vano por encontrar la fórmula que contrarreste al indio».<sup>4</sup>

Túpac Amaru era para los españoles desconcertante y enigmático. A medio camino entre la reivindicación étnico-cultural y el pastiche, completaba su imagen con una puesta en escena cuidadosamente estudiada. Sus combates eran siempre un espectáculo. Según las ocasiones, vestía poncho o un chaleco de cuero, adornado con un disco solar bordado. Una vincha con dos plumas y un par de boleadoras, que blandía amenazadoramente al momento de subir al cuadrilátero, completaban su atuendo. Antes de cada pelea, Túpac Amaru se paseaba por la sala, saludaba burlonamente a sus adversarios, daba varios gritos de guerra y guardaba con cuidado las plumas en una bolsa de cuero que entregaba a su preparador. Recién entonces podía comenzar el combate.

Este ceremonial divertía, impresionaba y confundía a partes iguales. Los periodistas españoles dudaban de si se trataba de un luchador peruano, de un guerrero azteca o incluso de un piel roja norteamericano, «que se hizo fuerte lanzando la lanza, tirando con arco y montando caballos salvajes sobre las verdes praderas».<sup>5</sup> Esta mezcla de referentes culturales era bastante frecuente en la época. En la estatua que por entonces presidía la plaza de armas de Cusco se veía precisamente a un piel roja norteamericano, que portaba un arco y adornaba su cabeza con un tocado semejante al del luchador argentino. Los promotores de la estatua consideraban que se trataba de un arquetipo idealizado del indígena americano. Más allá de sus orígenes culturales concretos, el piel roja cusqueño representaba a todos los pueblos que vivían en el continente antes de la llegada de los europeos. De ahí que la estatua, decían sus partidarios, no estuviera fuera de lugar en el corazón de los Andes.

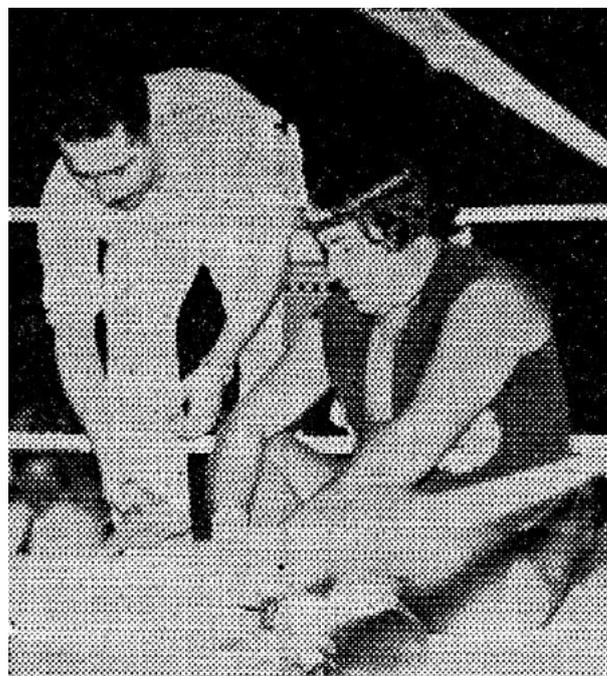
Túpac Amaru parece haber realizado (probablemente de manera inconsciente) una operación similar de ingeniería cultural, agregando elementos provenientes de diferentes tradiciones étnicas, para presentarse ante el público español como un

**Imagen 2.** Túpac Amaru, con boleadoras, poncho y plumas antes de un combate



Fuente : Mundo Deportivo

**Imagen 3.** Túpac Amaru aplicando su dolorosa presa de dedos magnéticos sobre el rostro de un rival



Fuente : Mundo Deportivo

4 Mundo Deportivo (Barcelona), 9 de septiembre de 1956, «¿Romperá Tarrés la imbatibilidad de Túpac Amaru?»

5 El Noticiero (Cartagena), 5 de julio de 1957, «El invencible indio Túpac Amaru en Cartagena»

indígena americano arquetípico. Con sus indescifrables artes y su peculiar estilo de pelear, era a los ojos de sus anfitriones, un fantasma surgido del pasado, un auténtico vengador que ahora devolvía la visita para obtener cumplida venganza y satisfacción.

\*\*\*

Túpac Amaru disfrutaba derrotando a los luchadores españoles. Sus combates estaban repletos de violencia y era habitual que acabaran con uno o ambos contendientes sangrando aparatosamente. Antes y después de las peleas hacía gala de una actitud prepotente y en extremo orgullosa. Si bien respetaban sus capacidades, ni el público barcelonés ni sus rivales lo apreciaban, en parte porque Túpac Amaru solía encararse con ellos cuando los veía derrotados sobre la lona. El grado de obsesión que llegó a generar nuestro luchador se refleja en el espacio que le dedicaba la prensa deportiva catalana, donde sus combates compartían la portada con la inauguración de los Juegos Olímpicos de Melbourne o con los partidos de la recién creada Copa de Europa de fútbol.

Durante sus meses triunfales las únicas derrotas de Túpac Amaru estuvieron a cargo de Gustavo y Pepe Tarrés. El primero, un luchador del que desconocemos el apellido, era un combatiente joven y de técnica depurada, que probablemente sorprendió a Túpac Amaru agotado después de varios combates en semanas sucesivas. El segundo era uno de los grandes referentes de la lucha libre española. Tenía una dilatada carrera y era uno de los pocos luchadores catalanes de primera línea, lo que lo convertía en el favorito de la prensa y de gran parte del público barcelonés. Era conocido como «Cabeza de Hierro» por la contundencia de sus frentazos, con los que dejaba fuera de combate a sus rivales. Esta era su gran arma y su signo distintivo en el mundo de la lucha libre.

Túpac Amaru y Tarrés desarrollaron una rivalidad que se prolongaría a lo largo de los siguientes

años. Su primer enfrentamiento tuvo lugar en septiembre de 1956. En medio de una expectación «apoteósica», Túpac Amaru atezó al luchador español y por largos segundos pareció a punto de ganar el combate. Sin embargo, Tarrés «se levantó hecho un huracán y sacando fuerza de flaqueza asestó al quechua tres testarazos que dieron con él en el suelo por más de la cuenta definitiva».<sup>6</sup> Apenas terminado el combate, el argentino pidió la revancha y profirió una serie de hirientes declaraciones, en las que aseguraba haberse visto sorprendido por un golpe no del todo legal del español. La respuesta de Tarrés, en la misma línea, no hizo sino acrecentar las expectativas. «Volveré a enviar a Túpac Amaru al país de los sueños», declaró a un periodista.<sup>7</sup>

El combate de desquite fue sumamente duro. Túpac Amaru venció cuando, «cansado de soportar tan tremendo castigo, Tarrés perdió el control de sus nervios, asestando al forastero un golpe prohibido, seguido de sendos testarazos, que dejaron a Túpac Amaru fuera de combate».<sup>8</sup> La descalificación de Tarrés fue recibida con silbidos y gritos del público. Si bien el luchador argentino se encontraba arrodillado, y por lo tanto no podía ser objeto del ataque del rival, los aficionados consideraban que su estilo marrullero lo hacía merecedor de un castigo similar al que tantas otras veces había infligido a sus rivales españoles.

Antes de acabar ese año Túpac Amaru volvió a vencer a Tarrés, resolviendo las dudas que habían dejado sus enfrentamientos anteriores. También consiguió derrotar a Gustavo en un combate de desquite, de manera que podía decir sin exagerar que ningún rival había conseguido imponerse sobre él de manera clara y continuada. Estas victorias le valieron ser invitado a varios combates «especiales», que por aquel entonces eran una novedad en los cuadriláteros españoles. En algunos casos, rompiendo las reglas tradicionales del deporte, se buscaba emparejar a luchadores de diferentes pesos y características, a fin de incrementar el espectáculo. Luchadores físicos se oponían a luchadores técnicos y se buscaba concertar

6 Mundo Deportivo (Barcelona), 10 de septiembre de 1956, «Sensacional victoria de Tarrés».

7 Mundo Deportivo (Barcelona), 15 de septiembre de 1956, «Confío volver a mandar a Túpac Amaru al país de los sueños, asegura José Tarrés ante el combate de mañana domingo en la monumental».

8 Mundo Deportivo (Barcelona) 17 de septiembre de 1956, «Túpac Amaru venció a Tarrés: anoche en la Monumental».

varios combates entre los mismos protagonistas para fomentar rivalidades y revanchas. Otra posibilidad consistía en acordar torneos relámpago, en los que se invitaba a cuatro u ocho luchadores, que debían enfrentarse entre sí de manera sucesiva hasta proclamar a un ganador. La bolsa en estos casos podía alcanzar diez o veinte mil pesetas, equivalentes a unos cuatro u ocho mil dólares actuales, una remuneración más que notable para un deporte aún en vías de profesionalización.

Navidad era una de las fechas más esperadas del calendario. Todas las salas organizaban matinales familiares, que reunían a los mejores luchadores y estaban entre los eventos mejor pagados del año. A Túpac Amaru le tocó enfrentarse a Jim Oliver, a quien ya había vencido en su segunda pelea en Barcelona. El combate fue por los derroteros habituales. El luchador argentino impuso su técnica y obligó al mallorquín a abandonar mediante su «ya clásica presa de los dedos magnéticos».<sup>9</sup> Antes de eso, sin embargo, el público asistió a un sonado episodio de indisciplina. Indignado ante lo que consideraba unas protestas excesivas de su rival, quien a su vez se quejaba airadamente de las dilaciones de Túpac Amaru, el quechua golpeó al árbitro del combate. No contento con ello, también se fue contra su propio preparador, quien trataba infructuosamente de restaurar la paz en el cuadrilátero. Aunque ganó el combate, esta trasgresión le supuso a Túpac Amaru una cuantiosa multa, además de acrecentar su fama de luchador polémico y poco respetuoso con las normas y los rivales.

Los días de gloria se extendieron hasta enero de 1957, cuando Túpac Amaru aprovechó su fama para firmar contratos que lo llevaron a pelear a París y Londres. Su partida estuvo precedida de un nuevo escándalo, que proyectó aún más si cabe su imagen negativa. Los sucesos ocurrieron durante el que sería su último combate antes del viaje. El rival era el luchador valenciano Blasco, a quien Túpac Amaru había vencido de manera polémica unas semanas antes. Se trataba, por lo tanto, de una pelea de desquite. Ambos luchadores llevaron las acciones al máximo y sufrieron

dos avisos por parte del árbitro, lo que los dejaba al borde de la descalificación. Contrariamente a lo que solía ocurrir, Túpac Amaru fue el primero en perder los nervios, asestando un golpe ilegal a Blasco. Lejos de apaciguarse, aumentó el tono de sus protestas hasta que el árbitro, en medio del aplauso general del público, solicitó a la federación catalana una sanción para el luchador argentino.<sup>10</sup> Con este mal regusto y con el peso de una derrota no vengada que empañaba su impresionante racha de victorias, Túpac Amaru salió de España.

\*\*\*

El alejamiento de Túpac Amaru duró poco. Dos meses después ya estaba nuevamente desafiando a sus rivales en las arenas barcelonesas. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Pese a haber

**Imagen 4.** Los rivales de Túpac Amaru



Fuente : Mundo Deportivo

<sup>9</sup> Mundo deportivo (Barcelona), 27 de diciembre de 1956, «Las reuniones de lucha libre en las fiesta de Navidad y San Esteban»

<sup>10</sup> La Vanguardia Española (Barcelona), 26 de enero de 1957, «La reunión de luchas de amoche».

obtenido buenos resultados en su gira europea, Túpac Amaru no parecería ser el mismo luchador que tanto había impresionado meses atrás. Es posible que se debiera al agotamiento por los viajes y por el gran número de combates que había disputado desde su llegada a Europa. O puede que los luchadores españoles hubieran acabado por encontrar la fórmula para contrarrestar sus poderosos dedos magnéticos. Como fuera, el caso es que Túpac Amaru comenzó a acumular derrotas.

El primero en vencerle fue su gran rival, Pepe Tarrés. «Cansado ya el luchador español de soportar las muchas incorrecciones del quechua —leemos en una crónica de la época— conectó una serie de contundentes cabezazos sobre el frontal de su enemigo, al que fulminó sobre la lona mientras de una herida en el parietal derecho manaba abundante sangre».<sup>11</sup> El resultado fue saludado con una imponente salva de aplausos, «mezclados con gestos de estupor al ver retirarse a Túpac Amaru sangrando en brazos de sus cuidadores». El propio Tarrés repetiría victoria poco después, seguido de Arnáu, quien aplicó al luchador andino una presa que «en modo alguno se apartó de la legalidad reglamentaria», y del mayor de los hermanos Bengoechea, considerado por los seguidores de la época como el «gran caballero del deporte».<sup>12</sup>

Estas derrotas estuvieron alternadas con algunas victorias que permitieron a Túpac Amaru mantener su buen cartel. Con frecuencia sus rivales recordaban los combates con el argentino como los más violentos y difíciles de sus carreras. Derrotar a Túpac Amaru era el mejor aval que un luchador podía presentar en el medio español. Aun así, la cotización del peruano bajó, ya que poco a poco llegaron a Barcelona otros luchadores que, con una combinación similar de exotismo y espectáculo, le disputaban el interés del público. De Ajat Singh se decía que pertenecía a «la secta de los thugs, que aborrecen la sangre pero en cam-

bio no temen a la muerte, distinguiéndose por una extraña mezcla de ferocidad y misticismo».<sup>13</sup> Mashiko Kimura, por su parte, provenía del mundo del judo y había sido varias veces campeón japonés, un galardón que en términos prácticos se equiparaba al por entonces todavía inexistente título de campeón mundial. Su enfrentamiento contra Túpac Amaru fue uno de los grandes eventos del verano barcelonés de 1957. Peleando cada uno con su estilo, fue «un combate con ribetes de auténtica riña callejera».<sup>14</sup> Ambos contendientes merecieron la descalificación, ya que dieron «rienda suelta desde el primer momento a toda su extensa gama de marrullerías». Finalmente, la balanza se decantó hacia el lado japonés, gracias a una nueva agresión de Túpac Amaru contra el árbitro del combate.

La tendencia se mantuvo en los siguientes años. Túpac Amaru pasaba varios meses en España y alternaba rachas de triunfos y derrotas. A los combates en Barcelona se sumaban ocasionales temporadas de Madrid, donde peleaba en el Gran Circo Price, si era invierno, o en el Campo del Gas durante el verano. También era posible verlo en los combates que se organizaban en los pueblos y ciudades del interior del país. Allí podía reverdecer sus glorias ante un público nuevo, que aún se sorprendía con su extravagante forma de pelear. En 1957 su destino fueron las plazas de toros de Cartagena y Murcia, donde fue recibido con entusiastas titulares de la prensa local. En Murcia, centenares de personas se quedaron en la calle sin poder presenciar el combate, mientras que en Cartagena las entradas fueron las más caras de la historia. La presencia del quechua se interpretaba como un esfuerzo de los promotores locales para consolidar la plaza en la primera categoría del *catch* nacional. Túpac Amaru venció a rivales de la categoría del menor de los hermanos Bengoechea, quien acababa de regresar tras dos temporadas en América Latina, Ochoa y Blasco. Este último combate debió repetirse, debido a un

11 Mundo Deportivo (Barcelona), 13 de abril de 1957, «Discutido triunfo de Ajit Singh sobre Bengoechea por puesta de espalda y fulminante victoria de Tarrés en poco más de dos minutos».

12 Mundo Deportivo (Barcelona), 11 de mayo de 1957, «En tablas finalizó el combate Bengoechea-Blasco tras cuatro asaltos en extremo durísimos».

13 Mundo Deportivo (Barcelona), 1° de abril de 1957, «El viernes en el Price».

14 Mundo Deportivo (Barcelona), 5 de agosto de 1957, «Túpac Amaru perdió por descalificación frente a Kimura en un combate de gran dureza por ambas partes anoche en el Pabellón del Deporte».

controvertido fallo arbitral, que había descalificado al luchador valenciano. Contra pronóstico, en la revancha Blasco «consiguió dejar dormido al indio, acabando con el mito de su imbatibilidad en Murcia».<sup>15</sup>

En agosto de 1958 encontramos a Túpac Amaru en Miranda de Ebro, una pequeña población agrícola del norte de Castilla, tratando de rentabilizar su fama en un nuevo contrato de exhibición firmado con Pedro Balañá.<sup>16</sup> Dos años después viajó a La Coruña, donde encadenó una serie de victorias que electrizaron a la afición local. En estas giras veraniegas el ambiente parece haber sido sustancialmente diferente de las peleas barcelonesas. La actitud del público hacia Túpac Amaru era más positiva y, en general, tanto prensa como espectadores, se tomaban la lucha libre de una manera más relajada y festiva. Túpac Amaru se mostraba más accesible y cercano. Tuvo tiempo incluso para rescatar a dos bañistas que, en incidentes separados, se habían adentrado peligrosamente en el mar. Entrevistado por la prensa local, contó que era un amante de la playa, ya que en su juventud había sido nadador profesional y socorrista en Mar del Plata, Uruguay y Brasil.<sup>17</sup> También se ofreció a organizar gratuitamente un servicio de vigilancia playera para evitar futuras calamidades.

La gira gallega estuvo, sin embargo, marcada por un hecho luctuoso: la muerte del luchador Ferrando a la mañana siguiente de un combate con el ídolo local Celso Sotelo. Aunque Túpac Amaru no estuvo involucrado directamente, el hecho afectó a todos los luchadores que se encontraban en La Coruña. Todos habían sido contratados por Torrebadell, otro de los promotores catalanes que en aquel momento dominaban la lucha libre española. El deceso era un recordatorio de que, incluso en estas giras veraniegas, el *catch* seguía siendo una práctica peligrosa y nadie estaba al margen de los riesgos derivados de la acumulación de combates.

\*\*\*

Cada vez que salía del país, la reaparición de Túpac Amaru se recibía con grandes titulares de prensa. De su implicación con el *star system* local habla el hecho de que en 1958 fuera invitado a participar como banderillero en una corrida de toros benéfica, que reunía a estrellas del cine, la televisión, la música y el deporte barceloneses. Túpac Amaru hizo de banderillero en dos de los toros lidiados aquel día. Aunque nunca volvió a alcanzar el brillo de sus primeros meses, disfrutó de una carrera prolongada para los estándares de los luchadores extranjeros que llegaban a España. En 1959 incluso sumó una racha de siete victorias seguidas. Sin embargo, sus rivales eran cada vez más luchadores menores. Los combates de Túpac Amaru progresivamente se apartaban del foco principal de las veladas y se incluían en los complementos que se programaban antes de las grandes peleas. El luchador argentino era muy apreciado para esta función, ya que su peculiar estilo y el recuerdo de sus hazañas pasadas eran ideales para despertar al público y crear el ambiente adecuado para los grandes acontecimientos.

La decadencia de Túpac Amaru corrió en paralelo a los últimos años de esplendor de la lucha libre española. El éxito del desarrollismo propulsó la masiva llegada de luchadores extranjeros, que dieron un vuelto total al estilo de práctica hasta entonces imperante. Los propios peleadores españoles comenzaron a imitar a sus colegas americanos, incorporando vestuarios y caracterizaciones exóticas. Los primeros enmascarados hicieron su aparición, siguiendo la moda mexicana. Fue el caso del luchador conocido como Ángelo, quien tras varios combates victoriosos perdió su máscara tras una derrota ante el luchador libanes Al Sourman en mayo de 1960. Contra las elucubraciones que lo presentaban como el hijo de un diplomático francés, resultó ser un joven de atribulada vida, mecánico y actor semiprofesional, que afirmaba luchar enmascarado para no decepcionar a su familia, que lo creía trabajando en Alemania.

15 El Noticiero (Cartagena), 12 de agosto de 1957, «Lucha libre en la plaza de toros». Tanto Cartagena como la ciudad de Murcia pertenecen a la provincia de Murcia.

16 Diario de Burgos, 30 de julio de 1958, «Los festejos darán comienzo el viernes».

17 La Voz de Galicia (La Coruña), 31 de julio de 1960, «Túpac Amaru, especializado en salvamento de bañistas, refiere su participación en el suceso del viernes en el Orzán».

Estos cambios aseguraron pingües ingresos a los empresarios y diversión para el público, pero hicieron que la lucha libre perdiera espacio en los medios deportivos. Cada vez eran menos quienes creían que se trataba de un auténtico deporte. Los últimos combates de Túpac Amaru estuvieron rodeados de un inevitable halo melancólico, tanto por el pasado glorioso del luchador como por el recuerdo de una época que todos sentían que se terminaba. En diciembre de 1960 fue invitado por última vez a las clásicas matinales de Navidad. Su rival fue Carlos Moll, una de las nuevas estrellas de la lucha catalana, quien apenas sufrió para deshacerse del antaño invencible quechua de los dedos magnéticos. Casi un año después se produjo su último combate en suelo español. El rival no podía estar mejor elegido: el incombustible Pepe Tarrés, con quien tantos combates de resonancia había tenido Túpac Amaru en los años anteriores. Pese al esfuerzo de los periodistas por dar realce al evento, la pelea fue de todo menos épica. «La rapidez con que se desarrolló este combate y las formas puramente defensivas de Túpac Amaru —se lamenta una crónica— hicieron que la pelea discurriera bajo una auténtica escapada de aquel».<sup>18</sup> Mediado el primer asalto el baile terminó. Tarrés consiguió propinar varios golpes en la espalda de Túpac Amaru y «al girarlo hacia sí le asestó un terrible golpe del que ya no pudo recuperarse, siendo declarado batido por fuera de combate». Los deseos del luchador argentino de concertar una nueva revancha para lavar su honor fueron desoídos por los empresarios. Su carrera en España había terminado.

\*\*\*

En total Túpac Amaru peleó 66 combates en Barcelona, con una notable marca de 49 victorias y 17 derrotas. En Madrid, su presencia fue menor, ya que no parece haber superado la veintena de combates, en su mayoría victoriosos. A esta cifra habría que sumar un número desconocido de peleas en plazas menores. En todo este tiempo, los españoles nunca parecen haber sido del todo conscientes de la resonancia que implicaba el nombre del luchador. Sin embargo, existen pocas

dudas de que este sí fue perfectamente consciente a la hora de elegir su apelativo. Nuestro Túpac Amaru hizo de la reivindicación de su condición de indígena andino el centro de su imagen pública. Jugó con los tópicos que los europeos atribuían a los pueblos prehispánicos (misteriosos, indómitos, dotados de poderes y conocimientos sorprendentes) y no vaciló en utilizar estos estereotipos en su favor cuando lo creyó conveniente. En las entrevistas solía mostrarse silencioso y adusto. Hacía gala de una mirada profunda y difícil de sostener, y transmitía una sensación de constante peligro. Palabras como enigmático, misterioso y controvertido estaban siempre en boca de sus rivales.

La carrera española de Túpac Amaru coincidió con los años clave de consolidación del culto tupacamarista. La izquierda latinoamericana se apropió definitivamente del personaje y su proyección internacional se multiplicó. Las fechas emblemáticas de la Gran Rebelión comenzaron a recordarse con desfiles, discursos y celebraciones de todo tipo. Iniciativas para erigir estatuas que recordaran al Túpac Amaru histórico se hicieron cada vez más comunes. El éxito del Túpac Amaru luchador es un reflejo de este proceso. Probablemente no aportó demasiado a la reivindicación del caudillo de la Gran Rebelión, pero refleja los procesos culturales subyacentes y la creciente identificación que muchos latinoamericanos sentían por el personaje.

La desaparición de Túpac Amaru de los cuadriláteros españoles no supuso el final de los luchadores inspirados en el pasado andino. Casi al mismo tiempo que el quechua de los dedos magnéticos languidecía en sus últimos combates, hacía su aparición Inca Wiracocha. Como Túpac Amaru, este luchador pretendía seducir a los espectadores españoles apelando a la magia del Perú ancestral. Decía ser un adorador del dios Pachacamac y obtener sus fuerzas de misteriosos rituales vinculados con las religiones andinas. Es seductor ver estos hechos como una metáfora involuntaria de lo que más adelante pasaría con el propio tupacamarismo peruano. También aquí

<sup>18</sup> Mundo Deportivo (Barcelona), 8 de diciembre de 1961, «La pareja Guti-Poman avanzaron una soberbia victoria sobre Echevarría-Lacoma ayer en el Price»

asistiremos a un fulgurante momento de éxito, seguido de una traumática decadencia. Como en el caso de nuestro luchador, el tupacamarismo cusqueño fue con el tiempo sustituido por una forma diferente de reivindicación de las esencias andinas, centrada en la exaltación de los antiguos

gobernantes incas. El tupacamarismo sucumbió (o al menos pasó a segundo plano) frente al auge de su hermano, no siempre bien avenido: el incaísmo. Pero esa es otra historia y ya ha sido contada en otro sitio.

